

## La jugadora de ajedrez

Consuelo era una niña de 10 años que le gustaba estar en constante movimiento. Ya a esa edad despuntaba por curiosidades más distintas a otras niñas, como ver documentales, aprender a jugar a las cartas, aprender las reglas de fútbol, las del balonmano...

Consuelo, era de la época en la que apareció la televisión, donde para ella se abrió un gran mundo que se desconocía, pero a Consuelo le gustaba mucho la información. En la mayoría de hogares no había televisión, pero había un lugar, el casino de su pueblo, donde se podía ver y acudían varios niños para verla. Se transmitían algunas series como “el Virginiano” “Bonanza”, más luego los niños se marchaban y a ella le gustaba ver algún documental, lo que le hacía sentirse más informada, diríamos más sumergida en lo desconocido. Esa ventana televisiva le daba una gran visión a su mente, su curiosidad era elevada, o así lo sentía ella, al saber y aprender.

En aquel lugar había también algo que le llamaba la atención a parte de la televisión, en el fondo del salón observaba que había pocos hombres pero que con regularidad se sentaban a jugar una partida de ajedrez. Consuelo los veía, ensimismada, le llamaba muchísimo la atención verlos en silencio y tan concentrados en aquel juego. Se sentía un poco desconcertada, su curiosidad seguía en aumento, cada vez que iba intentaba acercarse un poco más para saber sobre aquel juego desconocido para ella y que allí supo que se llamaba ajedrez.

Empezó a preguntarse el significado de cada movimiento, la curiosidad de cómo se movía cada pieza, ya que en sus observaciones veía varios movimientos, y eso la desconcertaba, quería saber cómo se hacía el jaque-mate! ¿Cómo podía ella retener todos esos movimientos que se hacían en el tablero? Siempre que podía se quedaba observándolos.

Un tío suyo, jugaba con regularidad, y ella tan atraída por ese juego le pregunto, “tío, quiero que me enseñes a jugar al ajedrez”. Su tío cariñosamente, la tomo de la mano, se la llevo a otra mesa con un tablero. Consuelo sintió que sería maravilloso, su tío la enseñaría a jugar al ajedrez, era sumamente importante para ella hacer esos movimientos, conseguiría hacer jaque-mate.

Su gran decepción, que en aquel tiempo no llego a entender, fue que su tío sentado frente a ella le dijo: “Consuelo este juego no es para que tu juegues, es de hombres, porque es un poco complicado y te hace pensar mucho. Pero te voy a enseñar otro más fácil, muy bonito y apropiado para ti, el juegos de las damas”. Consuelo quedo un poco triste, ella quería jugar al ajedrez, veía fascinante como el caballo se movía al trote, el alfil corría en diagonal a veces todo el tablero, el movimiento de la torre lo veía súper elegante, ella veía como divisaba todo desde los ángulos. La reina se movía por todas partes del tablero, tenía ese privilegio por ser la reina. El peón le hacía pensar mucho que cuando algo se quiere no hay que darse por vencía, porque tenía la ventaja de que podía hacerse reina.

Consuelo desde aquel día no volvió a las partidas de ajedrez, que aquellos pocos hombres pensadores jugaban, aprendió al juego de las damas, fue fácil, es más le entusiasmaba y se hizo una gran jugadora. Aunque se conformó, fue una gran decepción que no le enseñaran a jugar al ajedrez, ese juego que tanto le atraía y no entendía porque solamente era para hombres, pero eran otros tiempos.

Consuelo creció, se hizo una bonita adolescente y lo más normal qué podía ocurrir se enamoró, se casó y tuvo unos hijos que la hacían muy feliz. Después de mucho tiempo, un día vino su hijo del colegio, le dijo que iban a dar un curso de ajedrez y que le gustaría apuntarse, para ella eso fue renacer en su infancia y sin dudarlo le contestó que se apuntarían los dos, aprenderemos juntos, es algo que tengo pendiente desde mi niñez.

A la mañana siguiente, va al colegio con su hijo, por fin aprendería a jugar, pero su gran decepción fue que no podía apuntarse porque era solo para los niños. Pensó, esta vez sí aprenderé, cada día que su hijo daba una clase de ajedrez, éste se lo enseñaba a su madre, de este modo fueron aprendiendo juntos. En tres meses, Consuelo se movía en el tablero como un pez en el agua, cada movimiento y estrategia que hacía era algo que le recordaba a su niñez, sentía una gran pasión que era como una espina que sacaba de su corazón cada vez que jugaba y se encontraba cualificada como jugadora de ajedrez.

Un día, escuchó en la radio que había un torneo de ajedrez, sin dudarlo se apuntó, no sabía el nivel que tenía, ni quién jugaba, solo quería concursar, para ella era muy importante, ya que se sentía preparada por haber aprendido ese juego que un día le

dijeron que era solo para hombres. Se presentó a aquel concurso, no llevaba la ambición de ser la ganadora pero si la gran satisfacción de poder participar en ese juego, que de niña tanto le atraía. La sorpresa fue que todos los participantes eran hombres, de pronto recordó las palabras de su tío, pero tenía un gran entusiasmo y se guiaba por sí misma, sabía lo que quería.

Eran veinticuatro jugadores, se tuvo que enfrentar jugando con varios hombres, cada vez que ganaba una partida renacían sus pensamientos y hacían que hiciera nuevas estrategias, perdió algunas partidas, jugó por primera vez con un reloj, el tiempo contaba pero aun así su gran sorpresa fue que quedó en tercer lugar, no daba crédito a lo que estaba sucediendo, era tercera en un campeonato de ajedrez ante veintitrés hombres. Desde ese día no dejo de jugar, ganó más premios pero el mejor fue no darse por rendida y saber que debemos trabajar por lo que verdaderamente queremos.

Categoría Adulto.

Seudónimo: Jara Flor de Sierra Morena.